

EDITORIAL

La sociedad y el médico

The society and the doctor

Motiva este espinoso tema una insólita situación que sucede actualmente en nuestro país: las protestas públicas de los médicos provocadas por las bajas retribuciones en los hospitales, obras sociales y prepagas; la violencia irracional ejercida contra ellos, y la falta de estabilidad laboral.

¿Se deberá esta anomalía a que el “proveedor de salud” no cumple adecuadamente con su deber profesional, o bien a un “descuido” por parte de una sociedad ingrata?

Para tratar de responder a esta pregunta, veamos primero lo que el médico le debe a la sociedad y luego lo que la sociedad le debe al encargado de cuidarla.

El médico trata de curar. Si no es posible, intenta mejorar y siempre mantiene viva la esperanza del paciente. Con dedicación y altruismo realiza su tarea, como estableció Hipócrates en su juramento (Hipócrates, 460-377 a. C.): *En el momento de ser admitido como miembro de la profesión médica, prometo solemnemente: - Consagrar mi vida al servicio de la humanidad. - Mostraré a mis maestros el respeto y la gratitud que le son debidos. - Practicaré mi profesión con conciencia y dignidad; la salud de los pacientes será mi primer objetivo. (Tratados hipocráticos. Vol. 1. Madrid: Biblioteca Clásica Gredos; 1990).*

Hace veinticinco siglos que la mayoría de los médicos cumplen con estos postulados. Desde el médico práctico, que muchas veces posterga un interés personal para atender a un enfermo, hasta aquellos que se dedican a tareas asistenciales hospitalarias, tareas de laboratorio e investigativas, o tareas académicas como la enseñanza, la dirección de publicaciones científicas, la organización de cursos o la publicación de trabajos. Todos ellos “dejan un legado” sin interés material, como escribió Carla Minaudo en *Dermatología Argentina* en 2019, y muchos de ellos tienen bolsillos flacos.

Para realizar su trabajo, el médico debe transitar un camino difícil que tiene dos escollos importantes, señalados hace décadas por Arthur Conan Doyle (1859-1930) en *Cosas de médicos* (Losada, 2008), capítulo “La epopeya de la medicina”: *Aparte del burdo materialismo, hay otro peligro sobre el que me gustaría llamar la atención: me refiero a la pedantería intelectual.* Sobre este tema, aclara más adelante: *No hay generación que no pensara que no quedaba nada por descubrir para, al cabo de cierto tiempo, reconocer sus limitaciones.*

Esto significa que el desempeño profesional se ve complicado por el materialismo y la insuficiencia de conocimientos, que obligan a la tarea extra de una actualización permanente. Por fortuna, vemos a muchos médicos, ya canosos algunos que, pese al lucro cesante que ello significa, concurren permanentemente a cursos de perfeccionamiento, pues conocen “sus limitaciones”.

Medicina y principios éticos están unidos desde siempre. El médico tiene esto muy en cuenta y cumple adecuadamente con su vocación. Queda claro que la falencia no está en el “proveedor de salud”, el cual sigue trabajando a pesar de lo exiguo de las remuneraciones.

Veamos ahora la otra cara de la moneda: lo que le debe la sociedad al médico.

Esta conflictiva situación ya fue señalada en 2006 en el editorial de Alberto Woscoff “¿Por qué Medicina...?” en *Dermatología Argentina*, cuando escribió: *Es necesario informar al aspirante (al ingresar a Medicina) la realidad médica para evitar futuras frustraciones.*

Las “futuras frustraciones” son causadas por una sociedad que no encara con hidalgúia su responsabilidad frente a aquellos que se ocupan de ella.

Este conflicto, agravado hoy, viene de lejos.

En 1946, el psiquiatra español Mira y López, en su libro *Psiquiatría básica* (El Ateneo, 1950), en el capítulo “Psicohigiene económica y política”, expresaba conceptos que parecen escritos hoy: *El mundo se debate en una gigantesca crisis de existencia, tras la cual cabe esperar que emerja una nueva fórmula que permita realizar los ideales de Justicia...*

Ambos autores, Woscoff y Mira y López, aluden a un materialismo egoísta que impregna la mente humana.

La remuneración adecuada debería ser una consecuencia natural indiscutible de la actividad profesional, para que la medicina adquiriera nuevamente la “dignidad hipocrática que nunca debió haber perdido” (Mira y López).

Sigamos con el autor español y llegaremos, creo, al meollo de la cuestión cuando manifiesta: *Es necesario que también los conozcan (los principios éticos) los que planifican la salud y los que dirigen las entidades médicas y las obras sociales.*

Vemos entonces que la sociedad, al ignorar la justicia en la retribución, nos ha llevado a un extremo insospechado: médicos en huelga, en manifestaciones callejeras y renunciando a su trabajo en los hospitales.

¡Los aplaudimos en la pandemia y nos olvidamos de ellos pasado el peligro!

En términos sencillos diríamos que está muy bien pedirle al médico un ejercicio altruista, pero ello no significa que se lo exprima como a un limón para beneficio de un grupo al que no me atrevo a juzgar.

¿Hubiera imaginado Hipócrates esta situación? ¿Sería igual su juramento si la hubiera supuesto?

Quizá ya estas circunstancias infaustas fueran conocidas por Cervantes, quien puso en boca del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha: “Cosas veredes, amigo Sancho, que non crederes”.

En conclusión, este enredo se soluciona si hay buena voluntad; la del médico, desde siempre, está presente.

En fin, ¡qué vida esta, señor!

Hasta cada momento.

Oscar Bianchi

*Médico Exjefe del Área de Dermatopatología
Hospitales R. Finocchietto, F. J. Muñoz, Italiano y Sanatorio Güemes*